

CRISTIANOS EN LOS ALTIPLANOS DE ARGELIA

El autor es sacerdote diocesano de la diócesis de Orán y vive en Argelia desde hace más de cuarenta años. En octubre del 2000, después de once años a cargo del economato diocesano, de los que seis fue vicario general de Pierre Claverie, obispo de Orán asesinado en 1996, fue reemplazado para poder realizar su deseo: volver al "interior" (Orán está en la costa.). En este artículo expone con extraordinaria sencillez su experiencia y sus preocupaciones.

*Chrétien sur les Hauts Plateaux d'Algérie, Christus 197 (2003)
106-116*

Después de años dramáticos para los cristianos y para todos los argelinos, las tensiones se han apaciguado en los altiplanos de Argelia. La vida ha vuelto a su curso normal en las ciudades, y las carreteras son nuevamente seguras. La diócesis de Orán ha vuelto a abrir las parroquias que habían sido abandonadas.

La ciudad en la que vivo actualmente es una ciudad antigua, situada a 1.100 m. de altitud, adosada a la montaña, mirando al sur y a tres horas y media en coche hasta Orán, en la ruta de Ghardaia. Tiene 250.000 habitantes de noche y muchos más de día; en 40 años, es decir, después de la independencia, se ha multiplicado por seis. Fue fuerte romano, después obispado fronterizo, sede de los principales amazighes (bereberes), el primer reino musulmán de África del Norte la hizo su capital. Un reino hereje

que afirma su diferencia apacible, acogedora y próspera en el corazón del Magreb antes de ser destruido por la invasión purificadora de los Hilalienos en el siglo XI. Los supervivientes se reagruparon en el Mzab, alrededor de Ghardaia, y formaron la minoría musulmana ibadita de Argelia.

El historiador árabe Ibn Jaldun, se retiró a un pueblo troglodita de los alrededores para escribir los Prolegómenos de su Crónica universal, primicia de la historia moderna de las sociedades (siglo XIV), y el emir Abdelkader, jefe de la resistencia, poeta y místico en el momento de la invasión francesa, estableció allí la capital de su reino, nombrando una administración eficaz, antes de ser apresado. La ciudad fue entonces cabeza de partido de la administración colonial, y familias sin recursos fueron desde Andalucía y desde Francia a insta-

larse allí para cultivar las vastas mesetas del Sersú. Había israelitas que vivían allí, como en otras regiones de Argelia, desde hacía siglos. Desde 1860, un sacerdote residió allí permanentemente y los párrocos se sucedieron hasta 1994, cuando las sangrientas incursiones terroristas obligaron a cerrar la parroquia. Casi todos los cristianos, extranjeros, ya se habían marchado

En octubre del año 2000 vine a vivir a la casa parroquial de Tiaret, que está en el centro de la ciudad y dispone de un gran jardín.

Tener la memoria en estado de alerta

¿Qué puede hacer un sacerdote en Tiaret? Es lo que se preguntan los habitantes que conocen mi existencia. Pues bien, yo no hago nada: No tengo ninguna actividad, ni profesional ni asociativa y a penas parroquial, como un jubilado en una ciudad que cuenta con un 60% de paro.

En Orán, como en otras ciudades de la diócesis, las “plataformas de encuentro”, es decir: bibliotecas o centros de formación femenina, han estado desde hace 10 a 30 años en los locales diocesanos que quedaron vacíos desde que se fueron los habitantes cristianos, cuando ya no les fue posible a los extranjeros trabajar en instituciones públicas. Estos lugares de encuentro permiten a cristianos y musulmanes

relacionarse, conocerse mejor y trabajar juntos. La casa parroquial de Tiaret era antes uno de estos lugares. ¿Sería necesario ahora, tras una interrupción de seis años, volver a empezar estas actividades deseadas aún por algunos vecinos, estando yo solo?

En efecto, sólo quedan en los alrededores tres familias de origen cristiano, personas valientes y de avanzada edad que sufrieron la guerra de la independencia. Pero además, han llegado a la universidad, becados por el Estado argelino, numerosos estudiantes del África subsahariana, de los cuales primero ocho y luego veinte eran jóvenes cristianos. Tengo la suerte de hablar árabe y conocer su escritura y de haber heredado amigos del último sacerdote que hizo que me relacionara con ellos. ¿Qué hacer?

Mantengo la memoria despierta: primero, el recuerdo de estos viejos cristianos, de su origen y de una relación con el Señor que permanece en sus vidas, pero que no lo saben expresar, sabiendo que esto les hace diferentes; estoy aquí para escucharles, para ser su interlocutor al que puedan hablar desde el fondo de su corazón. Su religión es la religión agraria de siempre, la misma que la de sus vecinos. Uno de los hijos, para poder casarse con una joven musulmana (ya no hay chicas cristianas) tuvo que abrazar el Islam (es la ley), pero no ha cambiado de religión.

Con los estudiantes africanos mantenemos despierta la memoria del Señor, tanto en la ciudad como en la universidad, evocando durante las eucaristías semanales y las tardes de oración, las maravillas de la confianza en el Señor, la sabiduría y la paciencia descubiertas hacia nosotros mismos. Recitando por las calles la “oración de Jesús”, presentamos los rostros encontrados, los bellos gestos percibidos, las angustias intuitas, la desesperación de los jóvenes y el coraje de las mujeres, al Rostro de ternura y de misericordia del Padre, que no cesa de mirar a sus hijos

Cada año, el servicio de cultura de Tiaret organiza un seminario de dos días sobre la historia de la ciudad. He sido invitado desde el último año, y, el segundo día, cuando los participantes descubrieron quién era, varios de ellos me recordaron su juventud vivida entre judíos y cristianos, sus fiestas compartidas, la granja Boyer, cerca de la ciudad, que acogía en su piscina a todos los niños... Estos recuerdos felices, los recordábamos juntos y yo recibía con emoción sus confidencias.

Uno de los conferenciantes, presentó el mismo día la vida en Tahert, la antigua Tiaret, capital del reino herético de los Rostomidas, en los siglos II y III del islam, y explicaba que los cristianos y los judíos eran respetados y desempeñaban libremente sus oficios en una ciudad tranquila y floreciente. Un precedente de lo

que la memoria debe seguir recordando, ya que otro conferenciante se había manifestando radicalmente en contra de la celebración de San Agustín, unas semanas antes, por parte de las autoridades de la República, porque “ya no hay sitio para los impíos”.

Pero también, en encuentros fortuitos, cuántas veces son evocados tal sacerdote organizador de campamentos para cristianos y musulmanes (que la nostalgia hace desear para los niños de hoy la misma experiencia de apertura, de respeto y de alegría), una tal religiosa enfermera de sonrisas continua... Una infinidad de testigos nos precede.

¡Es una buena noticia!

Un tiempo después de mi llegada, pedí ser recibido por un responsable de la Universidad, y su secretaria al verme me dijo: “¡Hay cura en Tiaret! ¡Eso es una buena noticia!” Fue una sorpresa, fue alentador, y es una responsabilidad. Otro día en el conservatorio de música, antigua sinagoga, un conferenciante delante de un escaso público decía: “¡Doy las gracias al sacerdote por haber venido, esto nos anima!”. Es quizás una forma de “buena noticia”: las personas se sienten reconocidas. “No temas, eres precioso a mis ojos”, dijo el Señor a su pueblo en el *Libro de Isaías*.

Tiaret no es más que un lejano nido de desórdenes, pero sus habitantes no están abandonados: la Iglesia confía en ellos y les manda un sacerdote. A veces me han llegado agradecimientos porque andando por la calle comparto las alegrías y las penas de los feligreses musulmanes que me saludan. Esto me proporciona un instante de eternidad saboreado más allá de las diferencias. ¿No está el Reino de Dios entre nosotros? Quizá hace falta más tiempo libre para descubrirlo.

Con ciertos interlocutores, es posible detenerse en este instante de eternidad compartida y descubrir que no es dado ni por la tradición musulmana ni por la cristiana solamente, sino que viene de más lejos, de una gracia de Dios que nos es dada a los dos juntos, y que nos alegra a los dos sin que ni uno ni otro tengamos que dejar de ser quienes somos: Pierre Claverie decía en 1994, en el Forum de las Comunidades Cristianas de Angers: "Somos extranjeros los unos para los otros. Sería ilusorio pensar que podríamos alcanzar inmediatamente la humanidad común, liberada de sus marcas históricas. Y sin embargo presentimos que estas marcas no deben encerrarnos en nuestros particularismos: las aventuras coloniales y misioneras del siglo pasado nos han enseñado que había una perversión en el hecho de creer que cada uno realiza lo universal y, por tanto, tiene el derecho (divino) a imponerse a todos como la perfección absoluta".

San Pablo escribe a los Romanos que "el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (14,17). Esta afirmación cobra todo su sentido aquí donde algunos se preocupan siempre de lo permitido y de lo prohibido. ¿No estamos invitados a ser testigos de la libertad, ante Dios y los hombres, que recibimos al hacernos "hijos del Padre"?

"Paz a esta casa": es el mensaje que Jesús manda anunciar a sus discípulos. Es un mensaje esperado: con este mensaje es posible recobrar la paz, una paz que se comunica por ella misma, si se quiere hacer propia la afirmación de que Dios es Dios de misericordia y de perdón. Existe también, un lugar espiritual, el "*ribat essalâm*", ("vínculo de la paz") donde la paz nos sostiene, como la cuerda de una cordada en marcha hacia el albergue del final de etapa ("*mawqif*"), donde nos detenemos para compartir la experiencia espiritual en nuestro camino al encuentro de los otros y del Otro.

"La paz de Cristo está siempre con vosotros": es el anuncio hecho a toda la ciudad durante la misa. Esto me recuerda que he sido enviado aquí para irradiar la paz. Como la paz de un bello jardín, un don para los visitantes: lo cuido cada día oyendo los consejos de los vecinos. "¡Qué bien se está aquí!", he oído decir varias veces. Imagen del paraíso esperado (es la misma palabra en árabe),

signo de la belleza de Dios según la máxima de estos lugares: "Dios es bello y ama la belleza". Y la alegría de saberse en el lugar adecuado, es un signo de que la alegría es posible incluso en medio de situaciones desesperantes.

La compasión

Compartir "alegrías y esperanzas, tristezas y aflicciones", como dice *Gaudium et Spes*, es el camino habitual de la Iglesia en medio de los hombres, y en tiempos difíciles los peligros y las preguntas sin respuesta son numerosos, las violencias y las arrogancias conducen a la rebelión y al rechazo del otro. La actitud que hace posible el reencuentro es la compasión, tal como lo expuso el joven Padre Blanco Cristian Chessel, tres semanas antes de ser asesinado en la Navidad de 1994 en Tizi Uzu: "La compasión permite descubrir lo que pueden ser las relaciones cordiales entre las criaturas de Dios". Tal como lo recuerda la tradición musulmana: «Quienquiera que comparta el sufrimiento de los demás merece ser llamado "*rahim*" (misericordioso). Por la compasión, cristianos y musulmanes se descubren como verdaderos creyentes cuando se encuentran enfrentados a la violencia. "Pero es quizá la experiencia de un sufrimiento común y de una compasión compartida lo que nos permitirá descubrir "al Dios más grande". En el Corán el nombre de "*al Rahman*" tiene un

estatuto particular, como ya sucedía en la Arabia pre-islámica; era el nombre, lo conocemos ahora por las inscripciones, que los del sur de Arabia daban al Dios de los judíos y al Dios Padre de la Trinidad cristiana (...): el Clemente. Primera y quizá última palabra del encuentro islamo-cristiano para tiempos de crisis, la compasión, vuelve nuestra mirada hacia lo que podemos considerar como los nombres más bellos de Dios: *clemente*, para los musulmanes y *padre* para los cristianos».

Tener un corazón compasivo ("pues yo soy compasivo" dice Dios a Moisés en Libro del Éxodo) permite vivir sin desespero la apatía general, el desprecio de los débiles, el abandono de los jóvenes y la suficiencia de los discursos religiosos. La compasión permite escuchar y acoger en la paz las confidencias y los gritos de rebelión, y aclarar con respeto las preguntas sobre Dios que inquietan a más de una conciencia en estos tiempos en que violencias y exclusiones parecen encontrar su justificación en la religión. ¡Cuántas afirmaciones religiosas perentorias esconden fragilidades que no se saben expresar! ¡Cuántas agresividades revelan un sufrimiento!

¿Del lado de los incrédulos e impuros?

Es una experiencia útil sentirse a veces, en los medios religiosos tradicionales, como un incrédulo

dulo y un impuro, cuya presencia, por ejemplo, en las condolencias después de un sepelio, hace fruncir el ceño de algún “*taleb*” (recitador del Corán) y le induce a salmodiar las suras contra incrédulos y los fieles al Mesías. Es la experiencia de solidaridad con los excluidos. La falta de cultura de varios imanes les hace declarar “*kafer*” (“impío”) a toda persona que piensa de otro modo. Eminentes pensadores se preguntan si los cristianos, llamados también “gente del Libro”, son impíos. Yo, la verdad, considero particularmente interesantes a los pensadores que se dicen incrédulos.

Esta creencia común, hace que los que me conocen se inquieten por mi vida eterna e insistan para verme abrazar el Islam, pero en todo caso me hace tener una experiencia muy útil: la de ser el que se desea convertir, y que no se siente ni comprendido ni respetado. Es una buena escuela.

Para los jóvenes cristianos negros, la insistencia es aún más fuerte, marcada por la constatación de que África no es enteramente musulmana, y que los colonizados tomaron la religión de los colonizadores. Contestan que los musulmanes vinieron a sus países para capturar a sus antepasados y venderlos como esclavos. Es una buena ocasión de conocer el Islam, al margen de cualquier reacción u oposición, recordando la afirmación del sabio musul-

mán contemporáneo Amadou Hampaté Bâ: “Si el otro no te comprende, es que tú no le has comprendido. El día en que tú le comprendas, él te comprenderá”. Es también la ocasión de que en las reuniones de la parroquia, se busque expresar nuestra fe en función de lo que se vive en la ciudad universitaria, descubriendo la fecunda originalidad y la tranquila seguridad que da vivir en Cristo resucitado y poder dar testimonio. También es verdad que sorprende a muchos estudiantes constatar la amistad que une a musulmanes y cristianos africanos en general, y que algunos son incluso hermanos o primos entre ellos.

No encontramos palabras para expresarlo

En efecto, ¿cómo “dar cuenta de la esperanza que está en nosotros” de forma clara y ajustada a aquellos que nos lo piden y están formados en la cultura musulmana? Es difícil hablar de ello con los que nos interrogan extrañándose (ellos que creen reconocer la profecía de Jesús proclamando la de ‘Isa del Corán) de que nosotros rehusamos reconocer la del profeta Mahoma. Desde hace 1400 años no se han encontrado aún las palabras para explicarse sin herirse.

Pierre Claverie, en la conferencia de Angers, nos invita a avanzar: “Sin idealismo y con

perseverancia, nuestra fe en un Dios que ha entrado en la humanidad nos empuja a crear las condiciones del reencuentro y de la fraternidad universal, no más allá de nuestras diferencias, sino con ellas. Jesús nos revela el infinito valor de cada ser humano, precioso a los ojos de Dios [...]. La palabra clave de mi fe actual es el diálogo, porque el diálogo es constitutivo de la relación de Dios con los hombres y de los hombres entre sí. Constato que toda la historia sagrada se desarrolla en un diálogo en el cual Dios toma la iniciativa. La fecundidad de esta historia viene de este intercambio de amor dialógico que se inscribe contra la ruptura diabólica del origen. Por esto estoy avergonzado de que las religiones, incluida mi iglesia, practiquen un monólogo agresivo y cultiven sus particularismos.”

Por mi parte, por eso estoy contento de que me inviten a los encuentros culturales y religiosos, donde todo se desarrolla en árabe. Así aprendo la manera de pensar y el sentido de las palabras utilizadas. En el transcurso de las comidas que marcan el ritmo de estas asambleas, puedo empezar a hacerme entender y dejar constancia de que, lo que los cristianos creen, no es lo que se dice, en particular que el ‘Isa del Corán, no tiene nada en común con el Jesús de la fe de los cristianos, al contrario que Yasu’a, (el nombre árabe de Jesús); de la misma manera que el Mesías en la enseñan-

za musulmana no tiene nada que ver con aquel que los judíos esperan y que los cristianos reconocieron. En el terreno dogmático estamos a una distancia interplanetaria. Pero como ha dicho el hermano Christian de Tibhirine: ”Revelarnos nuestras diferencias nos lleva a la misericordia”. En definitiva estas afirmaciones repetidas durante siglos sin haber sido jamás verificadas, resultan molestas. Y sin embargo, estoy impresionado por el interés real suscitado por “el monje cristiano” de la ciudad y de la atención que se me presta cuando se me invita a intervenir.

¿No deberíamos rendir al pensamiento musulmán el servicio que rindieron al pensamiento cristiano los cuestionamientos racionalistas del siglo XIX y la crítica textual del último siglo? Hay que hacerlo, pero con tacto y objetividad, porque a menudo estos estudios son recibidos como un nuevo asalto de la cruzada anti-musulmana.

“¿Has venido a destruirnos?”

¿Qué viene a hacer aquí este sacerdote, ahora que los franceses (en el lenguaje hablado, la misma palabra significa francés y cristiano) se han marchado, sino a desestabilizar el orden social islámico? Se palpa una inquietud ampliamente propagada entre las esferas de la sociedad que sólo conocen el árabe y se sienten ase-

diadas por la modernidad y por Occidente (entendido como expresión política del cristianismo).. A mí sólo me queda asumirlo serenamente, sin extrañarme de que me vigilen.

En la prensa en árabe, a menudo aparecen informaciones melodramáticas que denuncian campañas de evangelización y conversiones en masa que desplazan a la nación y amenazan sus componentes sagrados. Y tales informaciones se difunden sin la menor verificación, lo que hace que los que no nos conocen nos miren con mayor recelo, pero, la mayor parte de la gente que nos frecuenta no se deja impresionar, al contrario, les duele.

En cualquier caso, encontrarse con creyentes y orantes diferentes es una provocación fecunda a situarse mejor en la propia tradición. Pero nuestra diferencia hace que nos encontremos en el lugar incómodo del grano de arena que ahoga la máquina de la uniformización simplista o que impide que se cierre la concha de las certezas confortables. Jesús vivió esta situación. Constatar las diferencias con el otro no es siempre impaciencia o agresión, nada más lejos. Puede ser un camino de comunión, como nos lo descubre el hermano Christian de Chergé en un texto de 1984: «Nuestras diferencias ¿tienen el significado de una comunión?». Haciendo así la pregunta a los cristianos y a los musulmanes, queremos abandonar el terreno

de la pura controversia teológica. La historia nos enseña que hasta hace poco la “diferencia” como tal siempre ha tenido mala prensa en los pasillos del “Magisterio” de una y otra parte. ¿Se ha acabado ya de lanzar anatemas contra ella? Más vale intentar llegar al “*no man’s land*” de la existencia concreta, allá donde nos creemos convocados, unos y otros, tanto para adorar al Único, como para compartir con todos».

¿Acaso Jesús no nos dio la revelación liberadora de que la diferencia está en Dios? Hay aventureros que, ante el abismo que los separa, descienden de una parte y de otra hacia el fondo que no se ve, pero por donde fluye un agua común a las dos orillas y donde se encuentran para apagar su sed. Estos son los momentos en que es posible una oración común.

Otros proponen ocasiones para explicarse: El Centro Cultural Islámico de Constantina organizó el año pasado, durante el Ramadán, una conferencia en la que fueron invitados a intervenir ponentes cristianos y musulmanes delante de un público compuesto mayoritariamente por estudiantes. Los intercambios fueron corteses, para desilusión de los que esperaban un torneo oratorio. Esto demostró que es posible escuchar a creyentes distintos exponer su fe y entender los puntos de vista opuestos. Al atardecer, la cordial convivencia alrededor de la mesa del “*ftur*” (rup-

tura del ayuno) pudimos constatar las ambigüedades de nuestras palabras, de nuestros compromisos políticos, la distancia abismal que separa la expresión de una revelación en el desarrollo de la historia y la expresión de una revelación intemporal e inmediata.

Pero sobretodo, pudimos constatar que compartir lo que es el núcleo de nuestra vida es algo que une y que el camino interior hacia Dios es la vía en la que descubrimos que somos peregrinos en marcha, unos junto a otros.

Tradujo y condensó: DOLORS SARRÓ
